

vivido las horas intensamente trágicas de la guerra. Respiramos el ambiente del Chaco y de la guerra que él desató. Tal es la sensación que dejó, estremecido el espíritu, la lectura de esta novela.

Si en literatura la forma constituye, acaso lo que da a la obra mayor calidad artística, de este libro podemos decir que, escrito en un lenguaje sobrio, rudo, puro en su corrección gramatical, tiene el mérito innegable de lo vivido, de lo auténtico, de lo que destila fuerza humana; no encontramos en él ficción, artificio, retórica blanda de adolescente. Voz de hombre que retumba en nuestros corazones con un estremecimiento de pavor. Y si es el fondo lo que seduce, hay en «Chaco» geografía humana en las descripciones, revelación de algo que era inédito para nosotros, dramatismo intenso en la evocación bélica. Por su forma y su fondo, libro destinado a sobrevivir por sobre el dolor americano que constituyó la Guerra del Chaco.—MILTON ROSSEL.



<https://doi.org/10.29393/At144-136JMBU10136>

BIOGRAFÍA PARA USO DE LOS PÁJAROS, por *Jorge Carrera Andrade*.

El gran poeta ecuatoriano, el de *Boletines de mar y tierra*, el de *Rol de la manzana*, el de *El tiempo manual* que Adolphe de Falgairollos tradujo ya al francés, nos envía desde le Havre donde sirve la representación consular de su país, un nuevo poemario, cuyo primer poema da el nombre al volumen:

«Nací en el siglo de la defunción de la rosa,
cuando el motor ya había ahuyentado a los ángeles.
Quito veía andar la última diligencia
y a su paso corrían en buen orden los árboles,
las cercas y las casas de las nuevas parroquias,
en el umbral del campo
donde las lentas vacas rumiaban el silencio
y el viento espoleaba sus ligeros caballos» . . .

Poesía de inspiración madura, suave y densa, sin disonancias mas no sin audacias. La imagen y la metáfora han adquirido ya tal maestría que se las ve venir sin sobresaltos, con un profundo goce estético. «Una monja, la lámpara», titula a uno de sus poemas:

«Tus hábitos no alcanzan—tu corazón de fuego—
una aurora descende de tu toca,
tu mirada de niebla descubre un universo.
En cura de y silencio resplandor, aplicas—con tu diáfanos
[dedos—
sobre la frente un bálsamo impalpable—enfermera del sueño.—
Cuando las cosas visten su camisa de noche—tu beatitud vi-
[gila—
y tu voz débil cuenta sus grutas de tesoros—nocturnas ga-
[lerías—
y bodegas sin nadie—y ese sudor de luna de las minas.—
La sombra te vuelve ángel o paloma—o astro domesticado, o
[medusa cautiva—
Un palpar de libros abiertos y de párpados—tu aparición
[señala.—
A los muebles reclusos reconfortas—con tu presencia pálida—
y una playa de niebla con peces de fulgor—crea bajo la toca
[tu mirada,—
a la vera que un cuerpo que el sueño ata y sumerge
en su fiebre profética de rostros y palabras».

Todo es aquí armonía y perfección técnica. La fuerza creadora ha encontrado su cauce de formas impecables y por el avanza, «en su cómico viaje de ida y vuelta». Una indudable analogía se encuentra hoy en la creación de los más grandes poetas de nuestra América; Neruda, Carrión, Hidalgo, Varallanos, Carrera, Andrade, Escudero, etc. Analogía que no es semejanza. Es como si una misma corriente subterránea de inspi-

ración los secundara, una misma savia creadora nutriera sus raíces. No se trata de imitación, ni tampoco de cuestión de técnica, de «la manera de hacer» o componer. Es la substancia poética misma la que tiene algo en ellos de común, un acento humano y dramático, en que la visión exterior de las cosas va siendo penetrada por el ritmo y la voz profunda del poeta: es el «inconsciente» que parece expresarse en ellos con mayor derecho y autenticidad que en los demás:

«Un viejo vive en mí fabricando mi muerte.

A su soplo se tornan en ceniza los años—los frutos des-
[componen sus azúcares
y la escarcha visita mi laberinto orgánico.

Viento, agujas y pálidas substancias—manipula este huésped
[emboscado.—

A veces mientras duerme se escucha un dulce líquido,
que se vierte en su cántaro. Ha bañado mi piel con su ama-
[rilla química.—

Ha moderado el clima de mi mano. En lugar de mi rostro,
[el suyo con arrugas
en los espejos hallo.

Conspira en lo más hondo—donde la entraña tiembla como
[animal fatigado—
y entre verdes substancias y retortas de hielo,
fabricando mi muerte deja pasar los años»...

He aquí la poesía o el arte a que se refiere Jung, cuando nos muestra cómo «la función perceptiva aprehende los contenidos del inconsciente, y en cuanto función creadora, alumbra la dynamis en forma simbólica». Es la poesía que, como quiere Bergson: «traduce los sentimientos en imágenes y éstas en palabras, dóciles al ritmo para traducirlas»... Obra de un poeta genuino, esta «BIOGRAFÍA» acusa plenitud de inspiración alcanzada y logro en la técnica impecable.

Carrera Andrade, que entró a la poesía con la generación de Gonzalo Escudero, de Augusto Arias, de M. A. León, ha demostrado un maravilloso don de adaptabilidad, que lo hace perdurar, y «reducir a barro propio las más lejanas y disímiles influencias», según el decir de Benjamín Carrión. Su gama poética es tal vez la más rica hoy en el habla indo-española. De las transparencias de su *Estanque inefable* pasó a la cálida sensualidad de su *Guirnalda del silencio*; luego sus «microgramas», después de sus cantos revolucionarios, y todavía la serena filosofía de su *Tiempo manual*. Tenía, pues, razón el malogrado Alberto Guillén cuando escribió que la de Carrera Andrade «es una de las más puras voces lírica de América».—
JUAN MARÍN.

CAUCES DE LA VOZ, *Poemas de Francisco Santana.*

Llega con este libro reciente, un nuevo poeta chileno. Su absorción lírica es el paisaje, la voz y la dulzura plural del paisaje. En cada intermedio, para ceñirse más vitalmente a esa necesidad de identificación estética con su raza, satura su propia sangre de olores vegetales y fuerzas en crecimiento.

Ni quiero ni experimento la necesidad de explorar minucias literarias. ¡Basta ya de crueldad y dogmatismos criticistas! La poesía, cuando nace de fuentes insobornables, es ella misma en su propia libertad, en su propia profundidad.

Francisco Santana aparece en *Cauces de la voz* en su tono vital de lírico auténtico. Su frescura vegetal, sus luces sedientas, el acento, la riqueza de sí mismo, hasta lo que no acierta a expresar por indecisión, evidencian que es un poeta. Podría citar docenas de versos, espigados en las zonas de su faena. Debo limitarme y me socorro apenas con estos: